El tiempo que no miente

Emiliano Peláez Castañeda

El periódico anunciaba que hacían falta voluntarios, así que Nina tomó el primer bus del día y se dirigió al hospital dispuesta a aliviar un cachito del dolor de la guerra. Creyó que el año que cursó en la escuela de medicina, antes de que todo se interrumpiera, sería suficiente para ayudar a los heridos en batalla. Eso pensó en casa, donde las bombas sólo caían dentro del televisor, donde el hedor a sangre, sudor y tierra no importunaban a nadie, donde las metrallas enmudecían al apagar el noticiero.

Las batas blancas iban y venían apresuradas por salvar vidas o al menos terminar pronto con el sufrimiento de los heridos. Se oían mugidos delirantes de dolor, médicos pidiendo asistencia y ruegos para que la gracia de Dios no los abandonara. Una enfermera de edad avanzada y rostro endurecido se dirigió a Nina cuando advirtió que la joven estaba desconcertada por lo que veía. Le explicó sus intenciones y le contó de sus estudios interrumpidos. 'Sí, la guerra nos cambió la vida a todos', respondió la enfermera indiferente, como si hubiese hecho una explicación de sobra. Apurada, le indicó el sitio en donde podía ayudar.

Nina siguió sus indicaciones. En ese lugar existía una calma que contrastaba con el resto del hospital, aunque más de resignación que de verdadero alivio. Había pocos médicos, muchas enfermeras y un sacerdote con su séquito de rezadoras. Los pacientes yacían sobre lonas en el suelo, algunos aún con fuerzas para quejarse de la vida, pero la mayoría ya derrotados. Tan pronto llegó, ella supo qué era ese lugar. Con un llanto mudo, seco, imperceptible, se dispuso a asistir a los desahuciados. Ahí llevaban a los heridos sin esperanza, aquellos que su tiempo de vida ya era, en realidad, un hurto a la muerte. '¿Qué debo hacer?', preguntó al enfermero que la recibió. 'Miénteles, le respondió con un susurro secreto, diles que todo irá bien y deja que el tiempo haga su trabajo'.

La morfina, las súplicas a la misericordia divina y las falsas palabras de esperanza eran lo único a lo que se podía recurrir. Más no podían darles, pues no era posible gastar recursos en causas perdidas cuando había otros que quedarían

con terribles cicatrices, con una pierna de menos o con pesadillas por el resto de sus vidas aun estando despiertos, pero finalmente vivos. Por eso había llegado ella, porque además de la morfina y de los analgésicos restantes, también era justo que alguien les mintiera y les espantara los temores propios de quien intuye que la vida se le acaba.

Al poco tiempo, un par de soldados entraron cargando una camilla donde reposaba un pequeño cuerpo cubierto con una manta blanca hasta el cuello. Lo recibieron dos enfermeros y, al revisar el expediente del herido, uno de ellos le hizo una seña a Nina. Ella acudió de inmediato. Apurados y sin mayor interés, le indicaron que estaría a cargo del herido. Luego se fueron.

'¿Cuál es tu nombre?', le preguntó. Él no respondió. Su rostro tierno y asustado develaba su corta edad. Tenía los ojos desorbitados, como aquel que no puede olvidar los espantos de la guerra, y su piel era tan pálida que no hacía falta revisar el expediente para saber que su vida pronto acabaría. Nina pensó que apenas era un niño, que seguramente había sido arrebatado a la fuerza de la protección de su hogar para llevarlo a matar en el frente. Su mirada lo delataba.

El pequeño soldado evitaba hablar, pero cuando Nina se levantó del suelo con intenciones de ir con su supervisor, él habló al fin: 'no te vayas', musitó a la vez que la tomaba de la manga de su bata. La joven, que no era muchos años mayor que él, miró esos ojos que buscaban esperanza a la que aferrarse y que se aferraban a ella misma. 'Quiero irme a casa', dijo el soldadito. Nina acarició su frente y notó que estaba helada. Quiso decirle que todo iría bien, que en unos días su dolor sólo sería un vago recuerdo y que cuando fuese anciano relataría heroicas anécdotas de la guerra. Pensó entonces, para sí misma, que aquel muchacho de ojos desorbitados nunca sería anciano. 'Pronto estarás en casa', dijo finalmente, mientras una lágrima discreta se derramaba por su rostro.

Se sentó de nuevo. Despacio y con esfuerzo, el soldadito empezó a hablar. Le contó de su familia; era el menor de tres hermanos que vivían aún solteros con sus padres en una granja donde la familia se dedicaba al trabajo del campo. Su existencia era modesta, apenas contaban con lo necesario. Sin embargo, decía con frecuencia, eran felices antes de que iniciara la guerra. A su padre ya lo habían matado en el frente. De sus hermanos no se sabía nada desde hace meses, pero él

se afanaba a pensar que seguían vivos en algún campo de batalla. Finalmente, dijo que lo que más le dolía era su madre que se había quedado sola, esperando que nadie le matara a su marido y a sus hijos. Él no podía darle esa pena.

'Cuando todo pase, quizá podrías venir a visitarnos', dijo antes de guardar un largo silencio. Nina quedó muda. Acariciaba la mano del soldadito como si de esa forma pudiera cederle un poco de vida. De haber sido posible, ella se habría quitado algunos años para obsequiárselos y que pudiera volver con su madre y buscar a sus hermanos. En vez de eso, sólo pudo quedarse en silencio esperando que el tiempo hiciera su trabajo.

Pero recordó que su labor era aminorar las penas de los heridos. Debía mentirle para que su muerte ocurriera en un lugar alejado a la guerra, donde aún es posible anhelar cosas del futuro. Hubiese querido hablarle con la verdad, pero el terror que se escondía detrás de esas débiles pupilas no se lo permitía. Pensó que el soldadito estaría angustiado hasta el momento de su muerte si sabía que no volvería a ver a su madre. Pensó también que la verdad es un privilegio de los tiempos de paz, que a veces la mentira se vuelve necesaria para calmar los dolores del mundo. 'Pronto saldrás de aquí, le dijo mientras tocaba su frente, y te iré a visitar con tu familia'. 'Tengo miedo, confesó él, ¿y si no lo logro?', entonces unos delgados hilos comenzaron a brotar de sus ojos. Ambos lloraban; él con lágrimas que revelaban su temor y ella en silencio, para sí misma, asegurándose que el soldadito no se diera cuenta. Debía cuidarlo hasta que la vida se le fuera y evitarle toda angustia. Acariciaba su cabello mientras le aseguraba que todo estaría bien. Para él no había un después.

'Tengo frío', le dijo mientras su pequeño cuerpo temblaba. De inmediato fue a buscar una manta. La enfermera a cargo le dijo que era natural que perdiera calor, pues estaba muriendo y nada había por hacer. Nina la insultó entre dientes, pero no le quedó más que secarse las lágrimas para que el soldadito no la viera llorar y volver a su cuidado. Tomó su mano y le aseguró que fueron a traer las mantas. 'Está bien, contestó, me siento mejor'. Ella sonrió y luego se acercó para besar su frente. Juró en secreto que haría todo para que su muerte fuese tranquila.

Se escuchó entonces, como viniendo de muy lejos, un agudo siseo que se hacía cada vez más fuerte hasta que se transformó en un gigantesco estruendo. Las

ventanas estallaron y el suelo vibró como jamás lo había hecho. Todo el personal médico salió de prisa de la habitación, dejando a los heridos tendidos en el suelo para que las bombas finalmente acabaran con sus vidas. Pero Nina no soltó la mano del soldadito. Al verla paralizada, una enfermera la jalo del brazo para sacarla de ahí. Se escuchó otra explosión, y con ésta los muros comenzaron a agrietarse. Tras jalonear un poco, logró zafar su brazo y con su cuerpo buscó proteger a su amigo del concreto que comenzaba a caer del techo. El último rugido fue del edificio colapsando.

Nina despertó nueve días después. El dolor no la dejaba mover ni un sólo músculo, le costaba respirar y se sentía agotada al poco tiempo de estar despierta. Después de observar un poco, se dio cuenta que estaba en un hospital. Nada era distinto, los médicos iban y venían desesperados mientras los heridos se quejaban hasta la muerte. Cuando tuvo fuerzas para hablar, preguntó de inmediato por el soldadito. Nadie sabía de él, pero le aseguraron que ella era la única sobreviviente del bombardeo. Quiso pensar que todo había ocurrido tan rápido que su amigo no sufrió al morir. Y en esos pensamientos esperanzados, se volvió a quedar dormida.

Despertó horas más tarde. Una enfermera se le acercó y con una lamparita miró dentro de sus pupilas. Le tomó el pulso y la presión, y luego llamó al médico a cargo. Un par de soldados la subieron a una camilla y, sin informarle nada, la sacaron del salón. Nina se sentía débil y tenía mucho sueño, así que no le alcanzó el ánimo para preguntar qué sucedía. La luz del pasillo lastimaba sus ojos, incluso al cerrarlos. Tenía frío, así que la cubrieron con una manta blanca hasta el cuello. Cuando llegaron a su destino, le administraron una última dosis de morfina. El médico dio algunas indicaciones a las enfermeras, y luego desapareció. La bajaron de la camilla para recostar su cuerpo sobre el suelo. 'Todo estará bien', escuchó decir a la joven voluntaria que la recibió. Nina sabía que mentía. Cansada, cerró los ojos, sabiendo que quizá no los volvería a abrir de nuevo.